

MARGARET MOORE

Beso de amante

MARGARET MOORE

Beso de amante



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Margaret Wilkins. Todos los derechos reservados.
BESO DE AMANTE, Nº 242 - 1.1.10
Título original: A Lover's Kiss
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8082-4
Editor responsable: Luis Pugni

1

Considerando la vida de Drury en general, supongo que no debería sorprenderme. Sin embargo, es una desgracia que la joven sea francesa, porque todos sabemos lo que siente Drury por los franceses.

De la correspondencia de lord Bromwell, célebre naturalista y autor de *La tela de araña*.

Londres, 1819

Juliette Bergerine jadeaba asustada en la cama, entre las sábanas revueltas y con la mirada fija en el techo.

Había sido un sueño, sólo un sueño. No estaba en Francia, no había vuelto a la granja y Gaston LaRoche estaba muy lejos. La guerra había termina-

do. Napoleón había sido derrotado, ella estaba en Londres, estaba a salvo.

Y estaba sola.

Pero, ¿qué era aquel ruido? Podía haber ratas entre las paredes, pero sonaba distante.

¿Y ese otro ruido? ¿Un grito? ¿Un grito de dolor en el callejón?

Apartó las sábanas y la manta de una patada, salió de su estrecho lecho, corrió a la ventana y la levantó todo lo que pudo. Sólo llevaba encima una combinación y se estremeció al sentir el aire frío de septiembre, que llegaba acompañado del olor del carbón y el estiércol. La media luna iluminaba los pobres edificios precipitadamente levantados en el callejón.

Cuatro hombres armados con garrotes o algo parecido, rodeaban a otro al que habían empujado contra la pared del edificio de vecinos en el que Juliette vivía. Observó horrorizada cómo iban acercándose a él, evidentemente, dispuestos a atacar. El hombre estaba pegado a la pared, ligeramente inclinado y preparado para defenderse. Movía su oscura cabeza de lado a lado mientras esperaba el primer golpe.

Juliette abrió la boca para pedir ayuda, pero vaciló. No conocía a aquellos hombres, ni a los atacantes, ni a la víctima. Teniendo en cuenta el barrio en el que vivía, era posible que fueran todos ellos maleantes envueltos en una pelea por algún botín conseguido por medios ilícitos. Sí, seguramente era una pelea entre ladrones. ¿Qué podría ocurrirle si se entrometía? ¿Debería siquiera intentarlo?

En cualquier caso, eran cuatro contra uno, de modo que no cerró la ventana. Unos segundos des-

pués, se alegró de haberlo hecho, porque el hombre al que habían acorralado contra la pared soltó una maldición... en francés.

Era un compatriota, así que no le extrañaba que le estuvieran atacando. Ser francés era suficiente para convertirse en blanco de cualquier inglés.

Estaba a punto de gritar cuando el más alto de los atacantes dio un paso hacia delante y blandió su arma. El francés intentó en vano retroceder, golpeándose contra la pared. Al mismo tiempo, otro asaltante, cuyo rostro ocultaba el ala de su sombrero, se adelantó. Juliette distinguió el brillo del metal bajo la luz de la luna... Llevaba una navaja.

¡Tenía que ayudar a su compatriota! ¿Pero qué podía hacer?

Recorrió rápidamente con la mirada aquella habitación decorada con muebles baratos. Tenía una cazuela, una tetera y una cesta de patatas que, se suponía, tenía que alimentarla durante toda una semana.

Volvió a mirar por la ventana. Cuando el francés comenzó a caer, el primer hombre le dio un golpe con el garrote en un costado. El francés se dobló sobre sí mismo y cayó de rodillas mientras el hombre de la navaja continuaba acercándose.

Juliette subió la cesta al alféizar de la ventana y agarró una patata. En el momento en el que el tipo de la navaja se inclinó sobre el pobre francés y le obligó a alzar la cabeza tirándole del pelo, como si estuviera a punto de rebanarle la garganta, Juliette le tiró una patata y gritó con todas sus fuerzas:

—*Arrête!*

La patata le dio al hombre directamente en la cabeza. Se llevó la mano a su sombrero, alzó la mi-

rada y soltó una maldición. Juliette se agachó detrás de la ventana y lanzó otra patata en su dirección. Y otra. Y continuó tirando patatas hasta vaciar el cesto.

Conteniendo la respiración y con el corazón palpitante, escuchó atentamente. Cuando cesó el ruido en el exterior, se levantó lentamente y miró desde el alféizar de la ventana.

El francés yacía en el suelo, inmóvil, pero sus atacantes habían desaparecido.

Esperando que no fuera demasiado tarde, Juliette tiró precipitadamente de uno de los dos vestidos que tenía, se lo puso encima de la combinación, se calzó los gruesos zapatos que utilizaba para cruzar la ciudad cuando iba a casa de la modista para la que trabajaba como costurera y bajó las escaleras a toda la velocidad que sus pies le permitían. Ninguno de los inquilinos de aquel decrépito edificio se asomó. Y no le sorprendió. Probablemente, todos ellos pensaban que era mejor no meterse en asuntos ajenos.

Una vez fuera, esquivó los charcos y corrió por el callejón hasta llegar al lado del hombre caído. Advirtió con alivio que aunque continuaba tumbado en el suelo, todavía respiraba. Su pelo, oscuro y ondulado, cubría el cuello de un abrigo negro con doble capa en los hombros. Era una prenda sorprendentemente fina para un pobre emigrante.

Juliette se agachó a su lado y le susurró al oído:

—*Monsieur*?

Su compatriota no contestó, tampoco se movió. Intentando despertarle, Juliette posó la mano en su hombro. Por el tacto de la tela, podía decir que su abrigo era realmente caro.

¿Cómo era posible que un hombre que podía permitirse una prenda como aquélla estuviera en aquella parte de la ciudad a esas horas de la noche?

Inmediatamente acudió a su mente una respuesta, aunque esperaba estar equivocada y que aquel hombre no hubiera ido hasta allí en busca de una prostituta o de un lugar de juego.

—*Monsieur*?

Como seguía sin contestar, le hizo girar lentamente. La luz de la luna iluminó un rostro de pómulos marcados, fuerte mandíbula, nariz recta... y frente ensangrentada. Tenía los hombros anchos, la cintura estrecha y las piernas largas.

Juliette le desabrochó el abrigo y le examinó lo mejor que pudo a la luz de la luna. El resto de su ropa, camisa de lino blanco, pañuelo negro, chaqueta negra, chaleco gris y pantalones negros, también eran de la mejor calidad, al igual que el cuero de sus botas. Afortunadamente, Juliette no vio más sangre ni ninguna otra herida... por lo menos hasta que vio sus manos. Algo no andaba bien...

De pronto, el hombre la agarró del brazo con una fuerza inesperada. Mientras Juliette intentaba liberarse, él abrió los ojos y los fijó en los suyos con tal intensidad que parecía estar viéndole el alma. Después, susurró algo con voz ronca y profunda que sonaba como un nombre... Annie, o algo similar.

A lo mejor era su esposa.

—*Monsieur*?

El hombre cerró los ojos y volvió a susurrar algo.

No la había agarrado para hacerle daño, sino por miedo o desesperación. O a lo mejor por las dos co-

sas, y era evidente que, fuera lo que fuera lo que le ocurría en las manos, no sufría ninguna lesión importante.

Pero con independencia de quién fuera y del motivo que le había llevado hasta allí, Juliette no podía dejarle en aquel callejón pestilente y lleno de basura.

Siempre y cuando no estuviera completamente inconsciente, podía llevarle a su habitación, donde al menos estaría seco y dormiría en una cama relativamente blanda.

Colocó el hombro bajo su brazo para ayudarle a incorporarse. Aunque fue capaz de mantenerse en pie, pesaba más de lo que Juliette imaginaba y gemía como si algo le doliera. A lo mejor tenía heridas que Juliette no había podido ver bajo su ropa.

Pensó en pedir ayuda a cualquiera de los inquilinos que vivía en el edificio, pero al final prefirió no hacerlo. Ya la miraban con suficiente recelo por el mero hecho de ser francesa, de modo que, ¿qué pensarían si les pidiera que la ayudaran a llevar a un hombre a su habitación, aunque estuviera herido?

No, aquello debía hacerlo sola.

Mientras se esforzaba por entrar con su compatriota en el edificio, se alegró de haber crecido en una granja. A pesar de que había pasado los últimos seis meses cosiendo en un sótano diminuto y oscuro, todavía tenía fuerza suficiente como para ayudar a un hombre de aquella envergadura a subir las escaleras y a meterse en la cama.

Encendió el cabo de vela que tenía al lado de la cama y acercó una sábana y una bacinilla con agua fría. Se sentó al lado del herido, le apartó el pelo de

la cara y limpió con delicadeza el corte que tenía encima del ojo. Advirtió mientras lo hacía que comenzaba a hinchársele la frente.

Esperando que no se tratara de una herida seria, le desató el pañuelo y buscó en los bolsillos del abrigo cualquier objeto que pudiera darle alguna pista sobre su identidad.

No encontró nada. A lo mejor le habían robado.

El hombre volvió a susurrar algo y Juliette se inclinó hacia él para poder oírle mejor.

—*Ma chérie* —susurró con voz baja y ronca.

Sin abrir los ojos, rodeó a Juliette con el brazo y la atrajo hacia él.

Fue tal la sorpresa de Juliette que no se apartó, y antes de que pudiera detenerlo, o de imaginar siquiera cuáles eran sus intenciones, el hombre la besó. Con ternura, con delicadeza, con un inmenso amor.

Juliette sabía que debería detenerle, pero el beso era extremadamente dulce, cálido, maravilloso. Y ella llevaba mucho tiempo completamente sola...

Casi inmediatamente, notó que el herido relajaba el brazo y que sus labios perdían fuerza, y comprendió que había vuelto a perder la consciencia.

Sir Douglas Drury abrió lentamente los ojos. Tenía un dolor de cabeza infernal. Vio sobre él un techo resquebrajado y con manchas de humedad. Enfrente tenía una pared en idénticas condiciones y una ventana. Los cristales estaban limpios y no había cortinas ni nada que las protegiera del exterior. Pero tras ellas no se veía el cielo ni un espacio abierto, sino una pared de ladrillo.

No sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí.

El corazón comenzó a latirle con fuerza y su cuerpo a transpirar. Cuando comprendió que el miedo amenazaba con dominarle, cerró los ojos y luchó contra la sensación de náusea que crecía dentro de él. No estaba en una celda fría, húmeda y oscura. Estaba en una habitación sucia, pero iluminada por la luz del día. Olía a repollo, no a paja podrida y a ratas. Estaba tumbado en un colchón, no sobre la piedra desnuda.

Y podía oír, en algún lugar en la distancia, los gritos de un vendedor. Un vendedor inglés.

Estaba en Londres, no en una celda francesa.

La noche anterior había salido a dar un paseo y para cuando se había dado cuenta de a donde le habían llevado sus pies, ya era demasiado tarde. Le habían atacado tres... no, cuatro hombres. No le habían pedido ni el dinero ni la cartera. Se habían limitado a rodearle y a conducirle a un callejón oscuro donde, estaba seguro, pretendían asesinarlo.

¿Por qué entonces no estaba muerto? No llevaba espada, ni ninguna otra arma. Ni siquiera había podido darles un buen puñetazo.

Algo les había detenido, ¿pero qué? No se acordaba, de la misma manera que no tenía la menor idea de dónde estaba o de cómo había llegado hasta allí.

Pero estuviera donde estuviera, por lo menos estaba vivo.

Intentó sentarse, a pesar del dolor que tenía en el costado derecho, que le obligó a apretar los labios para no gritar. Apoyó los pies en el suelo de madera, alzó la mirada... y descubrió que no estaba solo.

Una joven, aparentemente dormida, permanecía sentada en un taburete, con la cabeza apoyada contra la pared. Tenía el pelo recogido en una trenza y algunos mechones sueltos rodeaban sus mejillas pálidas y redondeadas. El vestido, sencillo y con el cuello alto, era de muselina barata, de color verde. No había nada particularmente notable en sus facciones, pero tenía los labios llenos y suaves y la nariz fina.

No le resultaba familiar, sin embargo, había algo sobre ella que parecía intentar abrirse paso en su mente, como un suspiro que no era capaz de oír. Pero con independencia de lo que fuera, no pensaba quedarse allí mucho tiempo.

Apoyó las manos en el borde de la cama, dispuesto a levantarse y justo en ese momento, la joven se estiró como un gato después de una larga siesta bajo el sol del verano. Abrió unos ojos de color castaño claro y le sonrió como si acabaran de hacer el amor.

Era desconcertante. No desagradable, pero, definitivamente, desconcertante.

Entonces habló.

—¡Oh, *monsieur*, por fin os habéis despertado!

Francesa.

Hablaba francés. Drury se puso inmediatamente en guardia, con todos los sentidos alerta.

—¿Quién sois vos y qué estoy haciendo aquí? —le preguntó en inglés.

Juliette frunció sus arqueadas cejas.

—¿Vos sois inglés? —preguntó en esa misma lengua.

—Evidentemente. ¿Quién sois y qué estoy haciendo aquí? —repitió.

Juliette se levantó y contestó a sus recelos con aire ofendido.

—Soy Juliette Bergerine y ayer por la noche os salvé la vida.

¿Cómo podía haberle salvado la vida una joven? ¿Y por qué iba a hacerlo?

Él era un hombre muy conocido en Londres. De hecho, era famoso. A lo mejor esperaba una recompensa.

Se levantó vacilante. El dolor del costado era intenso y la cabeza le dolía todavía más.

—¿Sabéis quién soy?

Juliette le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Usted no lo sabe?

—Claro que lo sé. Soy sir Douglas Drury, perteneciente al Colegio de Abogados de Lincoln's Inn.

—Y yo soy la mujer que tiró las patatas.

¿Patatas?

—¿De qué demonios estáis hablando?

—Tiré las patatas a los hombres que os atacaban para que os dejaran. Y lo hicieron.

¿Era eso lo que estaba intentando recordar?

—¿Y cómo he llegado a esta habitación?

—Os traje yo.

—¿Vos sola?

En los ojos de Juliette prendió el enfado.

—¿Es ésta la manera de darme las gracias por haberos ayudado? ¿Cuestionar todo lo que digo y tratarme como si fuera una mentirosa? ¡Estoy empezando a pensar que debería haberos dejado en el callejón!

Como buena francesa, pensó Drury, tendía a exagerar.

—Naturalmente que os agradezco que acudierais en mi ayuda.

—¡Pues no lo parece!

Drury apretó la mandíbula antes de contestar.

—Sin lugar a dudas, preferiríais que me arrastrara ante vuestros pies.

—Lo que preferiría es que me tratarais con respeto. Es posible que sea pobre, sir Douglas Drury, abogado de la casa Lincoln, ¡pero no soy un gusano!

Sus ojos brillaban con apasionada furia, sus senos se elevaban y caían tras la muselina del vestido y las hebras que escapaban de su pelo acariciaban unas mejillas deliciosamente sonrojadas, de modo que Douglas era perfectamente consciente de que no se trataba de un gusano.

Juliette caminó a grandes zancadas hasta la puerta y la abrió.

—Y como ahora ya parecéis estar completamente recuperado, ¡marchaos!

Drury dio un paso adelante, decidido a hacer precisamente eso, pero la habitación comenzó a inclinarse y a girar como si lo estuviera haciendo sobre un eje tambaleante.

—¿Es que no me habéis oído? ¡He dicho que os vayáis! —repitió Juliette indignada.

—No puedo —musitó Drury mientras retrocedía hasta llegar a la cama. Se sentó bruscamente—. Id a buscar un médico.

—¡Tampoco soy vuestra criada!

Que el cielo le salvara de las mujeres francesas y de su afición al melodrama, se dijo Drury.

—Estaría más que encantado de poder marcharme y dejar de veros, pero, desgraciadamente para nosotros dos, no puedo. Supongo que la herida es peor de lo que pensaba.

Juliette bajó lentamente el brazo.

—No tengo dinero para pagar un médico.

Drury palpó los bolsillos de su abrigo. Su cartera había desaparecido. A lo mejor se la había quitado ella. Si ése era el caso, seguramente no lo admitiría. Pero entonces, ¿por qué le habría llevado hasta allí?

—Debéis decirle al médico que vais de parte de sir Douglas Drury. En cuanto regrese a mi casa, le pagaré.

—¿Y esperáis que me crea? ¿Qué bastará con que me presente allí en vuestro nombre para que venga? ¿Acaso sois conocido por ser atacado en esta parte de Londres?

Maldita fuera.

—No, no lo soy.

Podía enviar a buscar a su criado, pero Edgar tendría que alquilar un carruaje en algunas caballerizas y eso llevaba su tiempo.

Buggy iría a buscarle inmediatamente, sin hacer preguntas. Gracias a Dios, su amigo estaba en Londres, aunque aquel día de la semana no estaría en su casa, sino en la residencia que abría semanalmente el presidente de la Real Sociedad Londinense para la Mejora del Conocimiento de la Naturaleza.

—Id a la plaza del Soho número treinta y dos, el propietario es Joseph Banks. Preguntad allí por Lord Bromwell y decidle que necesito su ayuda.

Juliette se cruzó de brazos.

—Sí, claro. Tengo que ir a una casa de la plaza del Soho y preguntar por un señor que, en cuanto salga y me escuche, estará dispuesto a hacer todo lo que le diga.

—Lo hará si le decís que os ha enviado sir Dou-

glas Drury. ¿O preferís que me quede aquí hasta que esté completamente recuperado?

Juliette pensó en ello.

—¿Tengo que ir andando?

Aquél era un problema que tenía fácil solución.

—Si tomáis un coche, lord Bromwell pagará el trayecto.

—Parecéis disponer muy libremente del dinero de vuestros amigos —advirtió Juliette, arqueando una ceja con expresión escéptica.

—Os aseguro que lo pagará —reiteró Drury.

La cabeza estaba comenzando a palpitarle y se le estaba acabando la paciencia.

—Os doy mi palabra.

Juliette dejó escapar un suspiro.

—Muy bien, iré.

Se acercó hacia un pequeño baúl, abrió la tapa y se inclinó para sacar un sombrero de paja decorado con gusto, con un lazo barato y flores falsas. A pesar de la escasa calidad de los materiales, el efecto era encantador.

Mientras se ataba el lazo bajo la barbilla con dedos ágiles y rápidos, asomó a aquel rostro, en aquel momento tan graciosamente enmarcado por el sombrero, una expresión de preocupación.

—¿Puedo dejaros aquí solo?

Drury se aferró a los bordes de la cama mientras la miraba con la que su amigo, el honorable Brixton Smythe-Medway, llamaba su «mirada mortal».

—Os aseguro, señorita Bergerine, que incluso en el caso de que fuera un ladrón, aquí no encontraría nada que mereciera la pena robar.

Juliette le contestó con una mirada tan fría como la suya.

—No es eso lo que me preocupa, sir Douglas Drury. No me gusta dejar solo a un hombre herido, aunque sea un cerdo arrogante y desagradecido. Pero no importa, haré lo que me pedís.

Por un momento, Drury se sintió avergonzado. Pero sólo duró un instante, porque aunque Juliette Bergerine le hubiera ayudado, continuaba siendo francesa y él tenía sus dedos destrozados para recordarle de lo que eran capaces los franceses.

Juliette se acercó al primer carruaje de alquiler que encontró, abrió la puerta y subió a su interior.

—Llevadme al número 32 de la plaza Soho.

El conductor del carruaje se inclinó para mirarla por la ventanilla.

—¿Eh?

Juliette se cruzó de brazos y repitió la dirección.

Bajo el borde de la gorra, el taxista la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Para qué quieres ir allí?

—Creo que eso no es asunto vuestro.

El hombre sonrió.

—Una jovencita descarada, ¿eh? Enséñame antes el dinero.

—Os pagaré cuando lleguemos, no antes. Es así como se hace normalmente, ¿no es cierto?

Aunque jamás se había montado en un taxi, Juliette estaba segura. Pensó que el conductor todavía podría negarse, hasta que le vio curvar sus labios grasientos bajo su enorme nariz.

—Si no tienes dinero para pagarme, te propondré otra forma de hacerlo, gabachita.

Juliette puso la mano en la manilla de la puerta.

—Prefiero ir andando —declaró, cosa que era totalmente cierta.

El conductor alzó la nariz ofendido.

—Te llevaré, pero tendrás que pagarme en cuanto lleguemos si no quieres que te lleve ante un juez —musitó antes de erguirse haciéndose el ofendido.

Con el chasquido del látigo, los caballos se pusieron en movimiento. Mientras transitaban por las adoquinadas calles de la ciudad, Juliette comenzó a ser consciente de la enormidad de lo que estaba haciendo. Estaba yendo hacia una casa de Soho en un coche que no podía pagar, iba a tener que pedirle a un noble británico que se hiciera cargo de la cuenta y todo para ayudar a un hombre al que no conocía, al que habían atacado y robado cuatro rufianes en un callejón.

¿Y si lord Bromwell no la creía? ¿Y si ni siquiera le abrían la puerta? ¿Qué pasaría si el conductor del taxi no recibía su dinero? La arrestarían y podía imaginarse perfectamente dónde terminaría. No era fácil ser francesa en el Londres de Wellington, ni siquiera cuando no se metía en los asuntos de nadie.

Mordiéndose el labio con consternación, miró por la ventanilla. Se fijaba sobre todo en las personas con las que se cruzaba, buscando de manera instintiva el rostro de Georges. Llevaba meses buscándolo sin ningún éxito, pero no había perdido la esperanza.

Los edificios comenzaron a cambiar, eran cada vez más nuevos y elegantes, aunque Juliette sabía que el Soho no estaba tan de moda como lo había estado en otro tiempo. Las mejores familias de la ciudad se habían trasladado a Mayfair.

Las mejores familias de una élite compuesta por hombres como sir Douglas Drury, que tan vulnerable e inocente parecía estando dormido, cuando la había besado con inmensa ternura y que, sin embargo, se transformaba en un ogro altivo y frío cuando estaba despierto.

Seguramente, él no se acordaba de aquel beso. O a lo mejor sí, y por eso estaba avergonzado de sí mismo por haber intentado aprovecharse de ella después de que le hubiera ayudado.

En cuanto a lo de hablar francés, la verdad era que la mayor parte de la nobleza inglesa lo hablaba, aunque sir Douglas Drury lo hacía mejor que la mayoría. De hecho, por su acento se diría que había vivido en Francia durante toda su vida.

El cochero se detuvo frente a una casa situada en una plaza con una estatua. Aunque estrecha, la fachada era impresionante, con un montante sobre la puerta y una ventana muy ornamentada encima.

Juliette tomó aire y, armándose de valor, bajó del coche.

—Si no te importa, quiero mi dinero —dijo el cochero en voz alta mientras ella caminaba hasta la puerta.

Juliette le ignoró y llamó. Un hombre de mediana edad vestido con una librea verde, roja y dorada y con peluca empolvada le abrió casi al instante. Al verla, la recorrió de los pies a la cabeza con la mirada y gesto de desaprobación.

—Si vienes en busca de empleo, no deberías haber llamado a la puerta principal.

—No vengo en busca de empleo. ¿Ésta es la casa de sir Joseph Banks?

—Sí, ésta es su casa —respondió el hombre con recelo—, ¿qué quieres?

—¿Está aquí lord Bromwell?

Su interlocutor arqueó una ceja, como si estuviera sugiriendo que así era y que le sorprendía que ella lo supiera.

—Me envía sir Douglas Drury —le explicó—. Necesita la ayuda de lord Bromwell inmediatamente.

—¡Y alguien que me pague a mí! —gritó el cochero.

Juliette se sonrojó, pero le sostuvo sin vacilar la mirada a aquel lacayo de expresión escéptica.

—Por favor, debo hablar con lord Bromwell. Es urgente.

El lacayo volvió a recorrerla con la mirada.

—Eres francesa.

Juliette no pudo evitar sonrojarse. No se avergonzaba de ser francesa, sin embargo, en Londres, le hacía las cosas... más difíciles.

—Sí, soy francesa.

Pero en vez de reaccionar con hostilidad, una reacción que a menudo provocaba su nacionalidad, el lacayo le dirigió una sonrisa que, aunque no podría haber sido descrita como lasciva, le hizo sentirse incómoda.

—De acuerdo. Adelante.

—¡No pienso irme de aquí hasta que no me paguen! —protestó el cochero.

El lacayo le miró con desprecio y cerró la puerta tras ella. Juliette se preparó para esquivar algún pellizco o caricia no deseada o para silenciarle con una respuesta cortante. Afortunadamente, quizá porque iba de parte de sir Douglas, el lacayo no

hizo ningún comentario grosero y tampoco intentó tocarla.

—Si esperas en esta habitación —le dijo, mostrándole una habitación estrecha y poco iluminada, a pesar de que aquel día hacía un sol radiante—, le enviaré el mensaje a mi señoría.

—Gracias.

El lacayo le guiñó entonces el ojo y dijo:

—Si yo fuera rico, qué no haría contigo.

Por lo menos no la había tocado ni insultado, pensó Juliette mientras le veía cerrar la puerta tras él. Además, tampoco tuvo que esperar durante mucho tiempo en aquella habitación que, dado su tamaño, parecía abarrotada de muebles aunque en ella sólo hubiera dos sillas, una mesa y una lámpara. Porque casi inmediatamente, se abrió la puerta y apareció tras ella un joven esbelto con expresión preocupada.

—Soy lord Bromwell, ¿qué le ha ocurrido a Drury?

Era más joven de lo que Juliette esperaba, moderadamente atractivo y bien vestido, como se esperaba de un noble, aunque más sencillo que la mayoría. Llevaba un chaqué oscuro, pantalones de color beis y chaleco azul claro. El pelo, de color negro, lo llevaba perfectamente cortado y tenía el rostro bronceado, como si hubiera pasado los meses de verano en el campo, cabalgando bajo el sol.

—Soy Juliette Bergerine. Sir Douglas fue atacado y herido cerca de mi casa y me envía a buscaros.

—¡Dios mío! —exclamó lord Bromwell antes de volverse para llamar a su lacayo. Vaciló un instante y preguntó—: ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—En un taxi, todavía está fuera.

—¡Excelente! Ayer vine a caballo en vez de en mi faetón. En el taxi podremos ir juntos.

Frunció de pronto el ceño.

—¡Maldita sea! ¡No tengo el equipo médico!

—¿Sois médico?

—No, soy un naturalista.

Juliette no tenía idea de lo que era eso y su rostro así lo reflejó.

—Estudio a las arañas, no a las personas. Bueno, ya no se puede hacer nada, tendré que arreglármelas sin él. Vamos, señorita Bergerine. Conociendo a Drury como le conozco, es probable que esté mucho peor de lo que dice.

2

Debería haber previsto que haber acudido en mi ayuda en tales circunstancias tendría consecuencias serias para ella también. Brix probablemente diría que me ha afectado el golpe en la cabeza.. Y a lo mejor es cierto, porque continúo pensando que hay algo más que debería recordar sobre lo ocurrido aquella noche.

Del diario de sir Douglas Drury.

Cuando el maleducado cochero vio a Juliette saliendo de la casa con lord Bromwell, se enderezó en el pescante y se convirtió en la viva imagen de la sumisión, incluso después de que Juliette le dijera que tenían que regresar a Spitalfields.

Lord Bromwell no hizo ningún comentario. Tampoco expresó sorpresa alguna cuando se reunió con ella en el coche. A lo mejor, el arrogante sir Douglas

paseaba a menudo por aquella parte de la ciudad. No sería el primer rico que lo hacía y la compasión que Juliette había sentido por él disminuyó todavía más.

Cuando el carruaje comenzó a moverse, lord Bromwell se inclinó hacia delante con las manos unidas.

—Háble me de las heridas de Drury.

Juliette lo hizo lo mejor que pudo, notando cómo escuchaba lord Bromwell, como si estuviera poniendo en ello todo su cuerpo, y no sólo los oídos. Parecía un hombre inteligente, y preocupado también por su amigo. No tenía nada que ver con los dandis que paseaban por la calle Bond, irritando a las clientes de *madame* Pomplona.

Cuando Juliette terminó, su acompañante musitó:

—Podría tratarse de una contusión. Si está despierto, dudo que sea una herida mortal.

A Juliette jamás se le había ocurrido pensar que las heridas pudieran ser mortales. Ella también se había hecho una herida parecida años atrás al chocar contra un poste del establo mientras jugaba con Georges.

Lord Bromwell la tranquilizó con una sonrisa.

—Yo no me preocuparía mucho por Drury. Tiene una cabeza de hierro. Una vez, cuando éramos niños, se dio un golpe con un bate de críquet y pasó horas inconsciente. Cuando recuperó la consciencia, pidió un pedazo de pastel y no dejó ni una miga.

Juliette consiguió sonreír en respuesta. No le gustaba sir Douglas Drury, pero tampoco quería que muriera, ¡y menos en su habitación! En el caso de que eso ocurriera, tendría suerte si no la acusaban de asesinato.

—Así que, excepto por la de la cabeza, no tiene ninguna otra herida. ¿No habéis visto ninguna hemorragia, ningún moratón?

—No tenía sangre —contestó Juliette—. En cuanto a lo demás, no he podido ver a través de su ropa, milord.

Lord Bromwell se sonrojó.

—No, supongo que no.

—Sus manos... los dedos no los tiene bien, pero creo que no por lo de anoche.

Lord Bromwell sacudió la cabeza.

—No, eso no tiene nada que ver con lo de anoche. Se los rompieron hace años y no sanaron como deberían haberlo hecho.

Juliette quería preguntarle si sir Douglas solía visitar Spitalfields a menudo, pero se reprimió. ¿Qué le importaba a ella que lo hiciera o no?

—Habéis sido muy amable al ayudarle —dijo lord Bromwell después de unos segundos de silencio—. Siempre le digo que tenga cuidado, que vigile los lugares a los que va, pero él sigue pensando en sus cosas sin prestarme atención. Cuando no puede dormir, se dedica a dar paseos nocturnos, ya veis. O cuando quiere descansar. Por culpa de la lesión de los dedos, no puede escribir, ni tampoco tomar notas. Dice que andar le ayuda a ordenarlo todo en su cabeza.

En ese caso, a lo mejor no había llegado hasta el barrio en busca de una mujer o de algún local de juego.

El coche se detuvo bruscamente y, mientras lord Bromwell bajaba y le pedía al cochero que esperara, Juliette intentó no sentirse avergonzada a pesar de que su edificio, al igual que la mayor parte de

los de aquella zona de la ciudad, tenía un aspecto deplorable.

Lord Bromwell pagó al cochero y le tendió la mano a Juliette para ayudarla a bajar como si fuera una dama y no una simple costurera francesa. Unos niños harapientos jugaban cerca de la entrada del callejón y dos mujeres lavaban la ropa en unos baldes de madera llenos de agua mugrienta.

Cuando la vieron pasar, fruncieron el ceño y comenzaron a susurrar.

Unos hombres ociosos que charlaban en una de las esquinas de la calle se volvieron hacia lord Bromwell y le miraron como si estuvieran calculando el dinero que podía llevar encima y el valor de sus ropas. Un pobre barrendero, más harapiento incluso que los niños, se apoyó en el palo de su escoba para observarlos con los ojos apagados por el hambre y la boca abierta, una boca a la que apenas le quedaban un par de dientes.

Juliette condujo a lord Bromwell rápidamente al interior, alejándole del cochero, de la gente de la calle y de todos aquéllos que, estaba segura, les espiaban por las ventanas. Seguramente todos estaban especulando sobre los motivos por los que un caballero de atuendo tan elegante podía querer acompañarla a su habitación.

—Tened cuidado, milord —le advirtió Juliette cuando comenzaron a subir la escalera.

El interior de aquella casa de vecinos tenía un aspecto tan lastimoso como el resto del edificio. Era oscuro como una tumba y emanaba de él el particular hedor de un lugar en el que la gente se hacinaba en cuartos diminutos y era permanente el olor a comida.

—No tengáis miedo, señorita Bergerine —respondió lord Bromwell—, en mis viajes he estado en lugares mucho peores.

Juliette no sabía si lo decía sólo para tranquilizarla, pero, en cualquier caso, lo agradeció. Aquel hombre era un auténtico caballero, a diferencia del que les esperaba en su habitación. Sin duda alguna, si le hubiera ayudado a él, su conducta habría sido mucho mejor.

Abrió la puerta de la habitación y permaneció a un lado para cederle el paso a lord Bromwell.

—¡Ah, Buggy! Me alegro de que hayas venido —oyó Juliette que decía sir Douglas.

¿Cómo le había llamado a lord Bromwell?

Entró en la habitación y encontró a Drury sentado en la cama, tan tranquilo y compuesto como si acabara de pasar por allí para tomar una copa.

—Debería haber sabido que hacía falta algo más que un golpe para acabar contigo —dijo lord Bromwell con una sonrisa de alivio. Se acercó a su amigo—. Aun así, no me gusta el aspecto que tiene ese golpe y no puedes engañarme. Por tu forma de sentarte, yo diría que tienes una costilla rota.

—No creo que esté rota —contestó Drury mirando apenas a Juliette—. Astillada, quizá, y probablemente tenga también un buen moratón.

Ignorándole de la misma manera, Juliette cruzó al otro lado de la habitación y se quitó el sombrero. Estando allí lord Bromwell, ella ya no tenía nada más que hacer excepto... *Mon Dieu*! Se había olvidado de su trabajo.

Tendría que decir que se había puesto enferma. No había faltado ni un solo día por ninguna razón y seguramente, *madame* Pomplona no la despediría si decía que había estado enferma.

Por lo menos eso esperaba, se dijo mientras dejaba el sombrero en la cómoda.

Por el rabillo del ojo vio que lord Bromwell posaba la mano en el costado de su amigo y presionaba.

El abogado saltó.

—¡Maldita sea!

—Lo siento, pero ésta es la única manera que tengo de saber si te has roto algún hueso —dijo lord Bromwell—. Tienes razón, la costilla no está rota, aunque podría estar astillada. Te la vendaré antes de que nos vayamos, por si acaso. No quiero que recibas ningún otro golpe antes de que te vea tu médico.

Se volvió hacia Juliette.

—¿Tenéis otra sábana?

Juliette negó con la cabeza. ¿Acaso tenía aspecto de que le sobrara una sábana?

—¿Una combinación vieja, quizá? —propuso lord Bromwell.

—La única combinación que tengo la llevo puesta —replicó.

—Oh —musitó lord Bromwell, sonrojándose otra vez.

—Cómprale esa maldita combinación para que pueda irme a casa —gruñó Drury.

Lord Bromwell le dirigió a Juliette una sonrisa esperanzada.

—¿Sería posible?

Juliette no tenía la menor duda de que le pagaría bien y siempre podría comprarse una nueva.

—*Oui*.

Lord Bromwell sacó una cartera de cuero y le ofreció un billete de una libra.

—Espero que esto sea suficiente.

—*Oui*.

Era más que suficiente. Lo único que tenía que hacer ya era quitarse la combinación que lord Bromwell quería.

—Date la vuelta, Buggy, para que tenga un poco de intimidad —dijo Drury—. Yo clavaré la mirada en el suelo, un suelo que, por cierto, durará como mucho un par de años más.

Juliette habría esperado que lord Bromwell se diera cuenta de por qué vacilaba antes de que lo hiciera el herido y le sorprendió que no fuera así, Sin embargo, sin perder de vista a ambos caballeros, se quitó rápidamente el vestido y la combinación y volvió después a vestirse.

Le entregó la combinación a lord Bromwell.

—Gracias —dijo éste mientras sir Douglas alzaba la mirada.

Juliette tuvo entonces la incómoda sensación de que aquel caballero se estaba imaginando el aspecto que tendría vestida solamente con aquella fina prenda.

Más embarazoso le resultó darse cuenta de que la idea no le molestaba tanto como debería. Si tuviera que sentirse atraída por alguno de los hombres que había en ese momento en su habitación, ¿no debería ser por el más joven y amable?

Pero lord Bromwell no había necesitado su ayuda, ni hablaba francés como un nativo, ni la había besado como si la amara.

—Ahora —dijo lord Bromwell animoso tras haber hecho tiras la combinación y poniendo fin a las especulaciones de Juliette—, quítate la camisa.

Drury miró a Juliette como si no quisiera hacerlo estando ella en la habitación.

—Si es su pudor el que os impide hacerlo, sir Douglas —dijo Juliette, con una nota de diversión ante aquella timidez inesperada—, me daré la vuelta.

—No es el pudor el que me impide quitarme la camisa —replicó él con frialdad—, es el dolor.

—Oh, lo siento —se lamentó su amigo—. Yo te ayudaré.

Drury miró a Juliette arqueando una ceja.

—A lo mejor a la señorita Bergerine no le importa hacerlo.

¿Pero qué clase de mujer se pensaba que era?

—Es una pena. En fin, Buggy, tendrás que ayudarme tú.

Juliette se volvió alzando disgustada la nariz, agarró el taburete de madera, cruzó con él la habitación y se sentó ante la ventana, decidida a clavar la mirada en la pared de ladrillo del callejón hasta que hubieran terminado.

—Yo pensaba que ibas a vendarme, no a disfrazarme de momia —se quejó Drury.

—Supongo que quieres que haga las cosas bien, ¿no?

Juliette no pudo resistirlo. Tenía que mirar. Miró disimuladamente por encima del hombro y vio a lord Bromwell vendando el musculoso torso de sir Douglas. Tenía los hombros muy anchos, no como algunos caballeros que utilizaban hombreras en sus chaquetas, y también una cicatriz que atravesaba su pecho desde el hombro izquierdo hasta casi el ombligo.

—No es una visión muy agradable, ¿verdad, señorita Bergerine?

Juliette se volvió inmediatamente hacia la ventana.

—Si esa cicatriz os la hicieron en la guerra, no sois el único que la ha sufrido. Mi padre y mi hermano murieron luchando por Napoleón y mi otro hermano... Pero no voy a hablar de ellos con vos.

—No te he vendado demasiado fuerte, ¿verdad? —preguntó lord Bromwell con voz queda poco después.

—Todavía puedo respirar. Pero tengo que decir que, si es así como atendías a tus compañeros de navegación, me sorprende que sigan hablándote.

Sir Douglas debía de ser el hombre más ingrato sobre la tierra, y ella se alegraría de que se fuera, se dijo Juliette.

—Se alegraban de poder contar con mi ayuda cuando enfermaban o tenían alguna herida —respondió lord Bromwell sin rencor.

Realmente, era un hombre bueno y paciente.

—Bueno, ya hemos terminado. Ahora vamos a ponerte la camisa. Vamos, levanta el brazo un poco más. Muy bien, muy buen chico.

—¿Necesito recordarte que no soy ni un niño ni un deficiente mental?

—Entonces deja de quejarte y haz lo que te digo.

—No me estoy quejando, sólo intento que dejes de hablarme como si fuera un niño.

—En ese caso, deja de lloriquear como si lo fueras.

—Sir Douglas Drury no lloriquea.

Juliette ahogó una sonrisa. Podía no lloriquear, pero tampoco estaba mostrándose muy dispuesto a colaborar. De hecho, se estaba comportando como una criatura rebelde.

—¿Os divierto, señorita Bergerine? —preguntó entonces Drury con voz fría.